

EMILIO CARRILLA

PRIMER ENCUENTRO DE ESCRITORES CHILENOS

*Tucumán, especial
para CLARIN*

EN LA segunda quincena del mes de enero se realizó, en Concepción, el llamado *Primer Encuentro de Escritores Chilenos*, encuentro organizado por la Universidad de Concepción como acto paralelo a su Cuarta Escuela Internacional de Verano. Afortunadamente, he podido asistir a la mayor parte de las reuniones y puedo, por lo tanto, hacer una breve crónica de las diez interesantes sesiones que se realizaron.

Encuentro: bien dado el nombre. La Universidad de Concepción explicó, a través de los organizadores (Gonzalo Rojas, Juan Loveluck y Alfredo Lefebvre), el sentido de la denominación. Ni congreso, ni jornadas, ni otros nombres que llevaran en sí idea de planificación o estructura rigurosa.

La finalidad del Encuentro tuvo clara expresión en el discurso inaugural de su presidente, el poeta y profesor Gonzalo Rojas. Se tendió a reunir un número no muy apreciable de escritores, pero con manifiesta diversidad en generaciones (sin retroceder mucho en ideología y —dentro de lo posible— géneros literarios. La diferencia mayor estuvo, sin duda, en la buscada presencia de los "nuevos". El resultado fue la participación de los siguientes escritores: Miguel Arteche, Braulio Arenas, Efraín Barquero,

Humberto Díaz Casanueva, Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, Fernando Debesa, Luis Alberto Heiremans, José Ricardo Morales, Guillermo Atías, Daniel Belmar, Mario Espinoza, Nicomedes Guzmán, Enrique Lafourcade, Carlos León, Herbert Müller, Volodia Teitelboim, José Manuel Vergara, Fernando Alegría, Alfredo Lefebvre, Juan Loveluck, Mario Osses, Luis Oyarzún. En total, veintitrés escritores, todos los cuales, prácticamente, tuvieron oportunidad de intervenir en exposiciones y debates.

Es evidente que se tendió, sobre todo, repito, a la presencia de gente joven. Fue un "encuentro" con reconocimiento de pasado, pero, en especial, con severo análisis y aleteos de futuro. Quizás, intencionalmente, no se invitó a figuras espectaculares o de mayor difusión "exterior". Lo visto en Concepción es, sin embargo, significativo de la pujanza de las letras chilenas actuales.

Mucho se habló de generaciones, y aunque a veces se extendía a ese nombre lo que con mayor propiedad era apenas "grupo" (y no generación), fue visible la separación o el enfrentamiento de tres "momentos" (o, si se quiere, generaciones, en su sentido amplio): la más alejada, defendida por Humberto Díaz Casanueva; una inter-

media, diversificada en dos grupos (por una parte, Volodia Teitelboim, Nicomedes Guzmán; por otra, Braulio Arenas y el grupo Mandrágora); y la más reciente, pujante en la sangre juvenil de los nuevos (Arteche, Barquero, Vergara).

Considero a la literatura chilena de este siglo —y no hago ningún descubrimiento— como una de las tres literaturas hispanoamericanas mayores. Y si tuviéramos que aplicar algo así como una “ley del progreso” a través de lo que representa la literatura chilena en la historia total de esas literaturas, no cabe duda de que el brillo de generaciones de este siglo le confiere el primer lugar. Por eso he visto que, entre los más jóvenes, algunas negaciones ardorosas descubrían (aunque se dijera lo contrario) el reconocimiento valorativo de esos grandes nombres de las letras chilenas (sobre todo, en la lírica: una Gabriela Mistral, un Neruda, un Huidobro, un Pablo de Rokha...).

Hubo también escandalizados por ciertas irreverencias. En primer término, la negación, perfectamente válida, procuró apoyarse en razones (tomemos, por ejemplo, la exposición de Arteche): lengua, métrica. (Eso sí, a mi modo de ver, con más ímpetu que fundamento). Y en segundo lugar, no olvidemos que tales negaciones han sido siempre —y son— *bumeranes* de palabras que, si no dan en el blanco (alto blanco), se vuelven con redoblada fuerza contra el que arrojó el arma. En definitiva, tales actitudes, signos de insatisfacción, serán siempre intentos justificativos, maneras

de marcar una presencia que —en su mayor peso— se apoyarán en obras más que en manifiestos...

Idea feliz del Encuentro me pareció la de matizar —dentro de lo posible— exposiciones y lecturas. Después de todo, la cabal justificación del lírico, del novelista, del cuentista, etc., está en su propia obra, aunque el escritor pueda ser —además— un brillante expositor o ensayista. En esa forma, pude valorar la presencia de Efraín Barquero, poeta de la tierra de notable fuerza, y de un magnífico cuentista como Herbert Müller (con su logrado *A las doce y cuarto*).

Fuera de estos testimonios, a los que asigno mérito remarcable, destaco —ya en el campo de las exposiciones— el lúcido planteamiento inicial de Fernando Alegría, *Resolución de medio siglo* (sereno y severo análisis de las letras chilenas contemporáneas, herencias, lastres y posibilidades), el ensayo de Volodia Teitelboim, *La generación de 1938 y la búsqueda de la realidad chilena*, y el del joven novelista José Manuel Vergara (que habló de “su” novela, inatacable en sí). En otra perspectiva —la de la crónica o la semblanza animada— señalo las exposiciones de Fernando Debesa sobre teatro (*Nuestra herencia teatral*) y del muy fluido Luis Oyarzún, este último al evocar el ámbito literario santiaguino y un grupo literario.

Anexos (o ligados a la línea recta del Encuentro), el homenaje a Vicente Huidobro, con motivo de cumplirse diez años de su muerte, la lectura de los poetas jóvenes (vinculada también al cursillo del

profesor Fernando Alegría, en la Escuela de Temporada) y el recital folklórico de la extraordinaria Violeta Parra (Podemos agregar, por su mérito, la muestra del pintor Nemesio Antúnez).

Hubo aquí —como en todos los debates— debilidades, nerviosismos y algunas réplicas pintorescas. Pero todo eso se ha esfumado ya con rapidez, ocultado por muchos testimonios valiosos.

El saldo es ampliamente positivo. Saldo positivo en cuanto alcanzó a mostrar (sin estar “todos los que son”) la riqueza y fecundidad de las letras chilenas (riqueza en re-

novada vida, fecundidad noble del enfrentamiento y el análisis), y en cuanto permite esperar que se repita con frecuencia, tanto en Chile como en los demás países de América, este tipo de reuniones.

En otra perspectiva, labor feliz de una Universidad de nuestro continente, que, sin descuidar sus tareas comunes, muestra que no es ajeno al quehacer universitario aquello que pertenece a la vida espiritual más reciente. En fin, este Primer Encuentro de Escritores Chilenos puede servir de modelo por más de una virtud.

PAULO DE CARVALHO NETO

HACIA LA INTEGRACION DE LA LITERATURA CHILENA

NOTAS SOBRE UN CERTAMEN*

Invitado a la Cuarta Escuela Internacional de Verano, de la Universidad de Concepción (Chile), para dictar un curso de folklore y geografía del Brasil, pude, al mismo tiempo, participar en un memorable certamen, ya histórico sin duda: el Primer Encuentro de Escritores Chilenos, del 20 al 25 de enero de 1958. Fui, pues, nombrado como “Observador del Brasil” que asistí a casi todas las reuniones, hice mis intervenciones, establecí contactos quizás perdurables y, para los escritores, en la reunión del día 23, en el Salón de Honor de la Universidad, proyecté, con explicaciones, dos películas sobre Bahía: la *capoeira*, la *jangada*, el *candomblé* y otros temas de la actual novelística brasileña.

Aquel “Encuentro” tuvo honda repercusión nacional. Mucho se escribió respecto al mismo, se concedieron diversas entrevistas. Y como todo acontecimiento importante, el tiempo, en lugar de serle adverso, le confiere perspectivas, nuevos relieves, valoraciones insospechables. Será punto obligatorio de referencias, durante muchos años. Sobre todo, a título comparativo, cuando realicen el Segundo, el Tercero y demás Encuentros previstos.

Nunca será demasiado, pues, volver a escribir sobre él.

* Artículo aparecido en la *I. E. S.*, Revista del Instituto de Estudios Superiores, enero-junio de 1958, año III, Nº 4, Montevideo, Uruguay, pp. 340-344.